

LA TAREA DEL HISTORIADOR DESDE LA PERSPECTIVA MEXICANA *

Luis VILLOORO

LA TAREA DEL HISTORIADOR variará según la idea que tengamos de la historiografía. Preguntarnos por la tarea del historiador desde la perspectiva actual de la historiografía mexicana, equivaldrá a plantear esta otra, más desazonante, pregunta: ¿cuál es la idea mexicana de la historia? Y digo "desazonante" porque no son pocos los indicios de que, hace ya décadas, la idea de la historiografía pasa por un período de crisis. Crisis no de los instrumentos y técnicas de trabajo, tampoco del caudal de obras científicas publicadas; crisis, más bien, de los *principios* en que se basa la labor historiográfica y de su *función humana*. Podemos decir que una disciplina entra en crisis cuando empieza a poner en cuestión los fundamentos que daba por supuestos y vuelve a interrogarse acerca de los problemas que creía resueltos. Y para cualquier observador imparcial, el momento actual de la historiografía mexicana muestra hondas señales de una situación semejante. Podremos coincidir o no con las ideas que animan a los historiadores de la crisis; a nosotros sólo nos compete ahora tratar de situarlas y comprenderlas. Para ello, será menester volver la mirada hacia los inicios de la historiografía mexicana.

EN MÉXICO no nace la historiografía como fruto de una actitud meramente contemplativa. Las primeras obras de historia propiamente americanas son la respuesta a un hecho de-

* Ponencia solicitada y discutida por el Segundo Congreso Internacional de Historiadores de los Estados Unidos y México, reunido en Austin, Texas, en noviembre de 1958. En la misma sesión el doctor Whitaker leyó su ponencia sobre el trabajo del historiador desde el punto de vista estadounidense.

cisivo que ha alterado radicalmente la vida de sus protagonistas: el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Se trata de un acontecimiento crucial que trastorna los conceptos habituales y abre una dimensión insospechada en la vida de los hombres que participan en él. Para ellos no es asunto de eruditos estudios: les va el ser y la vida en descubrir su sentido. Por un lado, los conquistadores tienen que incardinar sus hazañas en la historia de la Cristiandad, integrarlas en el esquema de categorías históricas que conocen y dominan; los cronistas oficiales deben ponerlas en relación con los intereses y fines del Estado; los juristas tienen que determinar a la luz de sus principios situaciones no previstas. Para ello, unos y otros han de *dar razón* del Nuevo Mundo, esto es, mostrar *cuál es su significado* para el estado español y para la historia general de la Cristiandad (que identifican con la historia universal del hombre). Por otra parte, misioneros y teólogos se ven precisados a esclarecer la naturaleza y la condición sobrenatural del indio y su sociedad, a *señalar su sentido* para la economía divina; es decir, tienen que manifestar el verdadero ser con que esos pueblos se presentan a la luz de la Providencia. Sólo después de esa operación pueden saber a qué atenerse con tan extrañas realidades. La historiografía americana parte de la perplejidad ante la existencia inusitada de algo que no cabe fácilmente en el mundo hasta entonces conocido; consiste en la faena de transformar en razonable lo insólito, de volver hogareño y familiar lo inhóspito y extraño. Pues el hombre es incapaz de resistir la presencia desnuda de una realidad cuya naturaleza y significación humanas ignora, y se ve obligado a otorgarle de inmediato un sentido dentro de su mundo.

Así, la historiografía se presenta en América revestida de dos caracteres principales. *Primero*: no consiste tan sólo en la descripción de cosas nunca vistas y en la narración de épicas hazañas, aunque *también* consista en eso. Es principalmente un intento por *revelar el sentido* natural y sobrenatural de tales cosas y hazañas. Revelar el sentido en una doble acepción de la palabra: otorgarles un significado dentro del mundo actual e indicar el mundo futuro que auguran y señalan.

La conquista y el descubrimiento no son hechos entre otros semejantes, son un vuelco decisivo que indica en qué consistían verdaderamente los hechos anteriores y cómo habrán de ser los venideros; son acontecimientos que ponen bajo su verdadera luz todos los hechos, que manifiestan el auténtico ser de todos los sucesos. Así como la conversión a una nueva fe o a un nuevo estado de vida arroja una luz distinta sobre las etapas anteriores y posteriores, de tal modo que el converso sólo entonces descubre en qué consistía realmente su vida y cuál era el sentido efectivo de sus actos, así también el encuentro con un mundo nuevo manifiesta el verdadero ser y sentido de los pueblos que se enfrentan. La historiografía americana surge al cobrar conciencia de ello. Bastará recordar tres destacados ejemplos.

Desde las cartas de Cortés, en muchos conquistadores y cronistas se transluce la idea de que la conquista de América demuestra el destino ecuménico de España y, al mismo tiempo, da nacimiento a una nueva tierra, al acogerla por primera vez en el curso de la historia cristiana. El historiador no se contenta, pues, con señalar hechos; ante todo quiere explayar el significado de las acciones; sólo empieza a comprender el pasado en el momento en que la gesta se integra en un proceso dirigido hacia fines universales y el Nuevo Mundo muestra el valor que tiene para la Cristiandad. En Sahagún, como en otros evangelizadores, el descubrimiento permite que la realidad americana, encubierta por voluntad divina durante tantos siglos, se exponga por fin bajo su verdadero rostro: ofrece entonces la figura de un mundo caído y demoníaco. La palabra de la Escritura hace patente la nueva realidad y señala su papel en los designios divinos: tampoco aquí importan tanto los hechos mismos cuanto su signo, santo o nefando. En Las Casas, por último, la conquista muestra en España un instrumento de la Providencia y la marca de una misión singular; en cambio, la destrucción de las Indias, sella la suerte futura del mismo pueblo, traidor al fin que la Providencia le asignara. En todos los casos, el historiador trata de dotar a los hechos de una estructura intencional, al interpretar el sentido que los anima.

Segundo: esa estructura significativa no está cerrada y consumada; todo lo contrario: abarca el momento actual del historiador y de su pueblo, de modo tan decisivo que la vida presente queda transformada por su impacto. El pasado no se ve lejano y escindido; constituye una dimensión que afecta a la vida actual. Porque la dirección que en él revelamos da un valor y consistencia propios a nuestra vida y nos pone enfrente una *decisión*. Si el pasado se redujera a sucesos escuetos, "objetivos", desprovistos de significación vital para el presente, en nada movería nuestra libertad; *hechos* transcurridos, en cuanto tales, en nada afectan otros *hechos* en transcurso, pues entre ellos no cabe una causalidad física. Sólo si esos hechos tienen una dimensión *significativa* por la cual anuncian, postulan, exigen algo que en ellos no se realiza aún, sólo entonces el pasado aspira a cumplirse en nosotros; sólo entonces se convierte en vida propia que obliga a la adhesión o al rechazo. Nosotros debemos responder de él; en ello nos va nuestra propia vida. De ahí el carácter *práctico* de la primera historiografía americana. Busca transformar, dirimir, convencer para forzar una decisión. De Gómara a Bernal Díaz, los cronistas están animados por objetivos "interesados"; el pasado de que hablan les concierne personalmente, pues señala a cada quien sus derechos y merecimientos. Los escritores indígenas buscan en el ayer los títulos de nobleza que otorguen un valor a su vida y les permitan situarse en la sociedad del conquistador. Los misioneros sólo escriben para detectar dónde se halla el pecado y dónde la gracia, con el objeto de transformar a las almas. Las Casas, como buen profeta, toma la pluma para romper la dureza de los corazones y obligarlos a convertirse. El historiador tiene que cumplir una misión práctica. No porque conciba la historia como un órgano de propaganda al servicio de los objetivos cambiantes del momento; no. Lo que sucede es que, al esclarecer el *sentido* del pasado, éste no aparece como un conjunto de cosas que "fueron", sino como una estructura humana aún inacabada que exige nuestras decisiones para cumplirse.

Así nace en América la historia como saber vital. Tiene un papel preciso en la comunidad; es reveladora del sentido de

la vida, directora de la acción, anunciadora de fines. Gracias a ella el transcurso cotidiano de un pueblo se ilumina. La tarea del historiador no es cosa de archivos ni museos: es negocio de la vida misma.

ESTA IDEA parece haber marcado con un sello permanente la historiografía posterior de México. En pleno siglo XVIII sigue siendo su tarea manifestar el sentido del pasado para esclarecer la vida presente. No es asombroso que un Clavijero, por ejemplo, busque en el remoto pasado indígena un acerbo de tradición clásica que oponer a Europa, para emanciparnos de nuestra sujeción espiritual; ni que escriba con el propósito de lograr una nueva actitud del criollo frente a sí mismo. Clavijero dota al ayer de valor, lo reviste con las galas de la tradición y la ejemplaridad, para mejor encender el orgullo del criollo y despertar su confianza en sus propias posibilidades.

En los historiadores políticos de la primera mitad del siglo XIX revive el carácter práctico de la historia. Conservadores y liberales incitan a sus lectores a abrazar una actitud. Ven cómo el pasado cambia de signo según nuestro proyecto. La actitud histórica que tengamos explicará el peculiar sentido con que se muestre. Ante la actitud de los liberales, el pretérito urge a la conversión radical; su sentido consiste en conducir al momento de la emancipación, en abocar a una decisión en la que el pueblo se determine libremente. Revela un ser negativo: está ahí para ser rechazado y permitir la aparición del acto de libertad. Pero, aún negado, el pasado integra nuestra propia vida, pues él es quien plantea la exigencia de la conversión liberadora. Ante la actitud de los conservadores, en cambio, el sentido del pasado consiste en una lenta transformación vegetal. Poco a poco va fraguando la sociedad nueva, sin conversiones ni violencias. También el historiador conservador plantea la necesidad de una decisión: la de ser fiel al ritmo evolutivo de la historia. En uno y otro caso, el pasado nada tiene de un cúmulo de hechos "objetivos" que podamos contemplar desinteresadamente; es, por lo contrario, un llamado a cada "sujeto" para acceder a una actitud peculiar.

En uno y otro, el historiador revela el sentido y dirección de la vida humana y exige, por ende, una personal decisión.

PERO SI LA TAREA DEL HISTORIADOR consiste en mostrar, desde su señera perspectiva, el significado que tiene para la vida el acontecer; si éste depende de la actitud del propio historiador; si, en fin, nuestra situación actual nos obliga a destacar uno u otro sentido en el pasado, ¿no resultarán los hechos pasados dependientes de la perspectiva que los considera y la historia entera pendiente de la subjetividad del historiador? ¿No perderán los acontecimientos su carácter de hechos *invariables* y, por lo tanto, su "objetividad"? Por resolver esas y otras parejas cuestiones nació, es bien sabido, la historiografía científica positiva. En nuestro país dominó desde el positivismo y aún perdura en numerosos escritores. El historiador positivo pensó que podría dejar que los hechos se presentaran por sí mismos, eliminar toda personal perspectiva y reducir todo juicio a aseveraciones comprobables; sólo así, pensaba, accedería la historia a la objetividad propia de toda ciencia positiva. Con ello lograba, sin duda, apartar la discordancia de las distintas consideraciones históricas, nacidas de las elecciones circunstanciales del historiador, y depurar —para siempre, esperamos— la ciencia histórica del juego caprichoso de nuestras veleidades subjetivas. Su lucha contra la arbitraria intromisión del espectador en su objeto, su exigencia de objetividad y rigor en el método histórico, quedarán como logros definitivos; no podremos prescindir de ellos si hemos de constituir la historiografía como ciencia. Pero, a la vez, convertido en mero objeto semejante a los objetos naturales, el pasado se alejaba definitivamente de la vida actual. Los hechos, alineados y clasificados, resultaban tan ajenos e indiferentes a la vida humana presente, como cualquier fenómeno físico. Porque sólo podemos ver en un suceso algo que nos concierne, si despertamos en él un significado que lo trascienda y señale al presente. Los meros hechos "objetivos" carecen, en cuanto tales, de estructuras significativas; es menester la actividad del historiador para despertalaras. El historiador positivo dotó al pasado de invariabilidad a costa de olvidar su más esencial característica:

que los hechos históricos sólo son el sustrato de *sentidos humanos*, los cuales no son hechos sino intenciones que vinculan entre sí los hechos. Al considerar el objeto de la historia constituido por los puros datos comprobables objetivamente, al modo como se constituye la objetividad física, el historiador positivo sustraía su dimensión propia de sentido. Al mismo tiempo, cumplía el más radical divorcio entre su ciencia y su vida. La historia dejaba de tener una función vital para convertirse en un procedimiento teórico al cual no competía dar directivas a la vida presente ni esclarecer su significado.

EL MOMENTO ACTUAL de la historiografía mexicana presenta indicios de que esa idea de la historia está en plena crisis. Los síntomas son muchos y conocidos de la mayoría de ustedes. Sólo recordaré algunos con el fin de destacar la tarea que la situación actual de su disciplina ofrece al historiador americano.

El primero en plantear con rigor la crisis de fundamentos de la historiografía fue, entre nosotros, un historiador cuya obra merece, creemos, más atención de la que suele prestársele: Edmundo O'Gorman. Su crítica lo ha llevado a rechazar, por inauténtico, el intento de convertir la historiografía en ciencia de sucesos escuetos, "objetivos" al modo de los hechos de la naturaleza. La tarea del historiador consistiría, por lo contrario, en la "creación" de la inteligibilidad del acontecer humano, a partir de la materia en bruto de los hechos; tarea en la cual el hombre dota de ser al pasado y lo convierte en pasado propio. En sus obras se plantea la pregunta por el ser de un proceso histórico, América, el cual no preexistiría a la labor historiográfica, sino sería, en cierto modo, su resultado.¹

Otra corriente sintomática es la que suele denominarse en México, con nombre impropio por lo restrictivo, "historia de las ideas", en la cual se ha destacado la obra de Leopoldo Zea. Nació esta corriente de una pregunta aparentemente ajena al campo de la historiografía: "¿qué es el mexicano?", es decir: "¿Cuáles son los rasgos de nuestra circunstancia que, al particularizarnos, pudieran señalarnos una tarea propia?" Esta pregunta, aun nacida de la reflexión filosófica, sólo podía contes-

tarse refiriéndose al proceso en que se forma nuestra circunstancia. La pregunta llega a ser auténticamente histórica porque interroga por una estructura temporal animada de sentido: la circunstancia vivida. Aquí la tarea del historiador consistiría en mostrar las direcciones espirituales, los proyectos e ideas colectivos, que ordenan según fines el proceso histórico de una nación e incardinan nuestro momento en un acontecer dirigido racionalmente. El historiador convierte, así, el ayer en una estructura racional capaz de explicar el presente.² Por nuestra parte, hemos ensayado en un par de obras la aplicación de un nuevo criterio y método historiográfico. De acuerdo con él, el objeto de la historiografía no es propiamente la serie de acontecimientos "objetivos", sino las actitudes humanas colectivas que, en cada momento, les otorgan un sentido. Mientras la tarea del científico natural empieza al despojar el objeto de todas las notas "humanas" que lo encubren, la del historiador comienza justamente al poner de manifiesto los significados humanos que animan a los hechos; su labor consiste en recuperar la dimensión humana, "interior", de su objeto.³

Por distintas que sean las ideas que inspiran a las anteriores direcciones, por mayores que resulten sus divergencias, parecen coincidir en los dos puntos siguientes: en intentar nuevas vías de acceso al pasado para descubrir en él lo que constituye el objeto propio del saber histórico, y en compartir la convicción de que la tarea del historiador estriba en el esclarecimiento de estructuras significativas que trascienden la suma de los hechos escuetos.

Pero no es sólo en esas corrientes donde pueden advertirse síntomas de crisis. También entre los historiadores que sostienen con mayor vigor el carácter "científico objetivo" de su conocimiento, con el legítimo afán de no comprometer la validez universal de sus hallazgos, encontramos signos de cierta preocupación por recuperar la dimensión vital del quehacer histórico. José Miranda ha expuesto en cursos aún inéditos la necesidad de que la historiografía ayude a la solución de problemas teóricos de las ciencias particulares y ha sostenido la idea de que la historia responde siempre a requerimientos

prácticos que la vida comunitaria plantea. La tarea histórica tendría una función social, actual en todo momento. Y en el intento más ambicioso y prometedor de los últimos años, la *Historia Moderna de México*,⁴ realizado por un conjunto de historiadores bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas, nos parece percibir cierta ambigüedad: por un lado, el intento expreso de mantener la "imparcialidad" de la historia, eliminando radicalmente la subjetividad del historiador, reduciendo su labor a la clasificación racional y a la ordenada relación de los hechos; por el otro, un intento implícito de utilizar esos hechos como enseñanza práctica. Se pregunta por los "responsables" de una situación, se buscan las causas humanas de un fracaso, con el objetivo, tal vez, de establecer un diagnóstico del pasado inmediato que esclarezca la situación actual. Si esto es así, so capa de la objetividad despersonalizada, volvería a apuntar la raíz vital y práctica de la historia. . . Pero se trata de una obra inconclusa y aún debemos reservar nuestro juicio.

LOS SÍNTOMAS ANTERIORES algo nos dicen de la crisis de la historiografía, más aún de su dignidad de siempre. Pues la crisis proviene de que el historiador no se resigna a olvidar el señalado rango humano de su ciencia. En efecto, la historia posee una dignidad particular entre todas las "ciencias del espíritu". Mientras todas las demás versan sobre algún género de *productos* humanos o alguna región de la cultura objetiva, la historia no debe detenerse en ningún producto cultural, sino preguntar por la *actividad productora* misma. No debe tratar propiamente del conjunto de cosas dejadas por el hombre, sino de la vida humana y de su proceso constituyente de mundo. Por eso no ha de considerar los documentos y restos culturales cual cosas acabadas, cuyo sentido estuviera cabalmente contenido en ellas mismas, sino como vestigios, como índices de la vida creadora del espíritu. Los documentos que deja el hombre a su paso, los testimonios de sus hechos externos, la suma de sus productos, sólo deben ser signos que interpretar, cifras que remitan a la vida operante que les dio un sentido.

Mas no para allí su dignidad. El historiador ha de responder a la pregunta que el hombre se plantea a sí mismo acerca de su condición temporal. Su ciencia le permite decir mucho sobre la condición humana y su fugitivo sino. Al desvelar el pasado, el historiador debe descubrir actitudes y procesos característicos en los cuales participamos por el mero hecho de ser hombres. Al preguntarse por el sentido de la vida que prolonga la nuestra hacia el ayer, ha de manifestar los vectores, los índices intencionales de procesos que se cumplen en nosotros. Así, la historia nos enseña; no porque ingenuamente le pidamos recetas para la solución de nuestros problemas actuales, sino porque, al recuperar los sentidos humanos del pasado, esclarece una dimensión de nuestra propia situación y otorga un nuevo significado a cada una de nuestras acciones. Por ello, la historiografía no puede ser una ciencia teórica en el mismo sentido que lo son otras ciencias; ella tiene, por esencia, una función práctica que cumplir, la que deriva precisamente de su labor teórica.

Pero para cumplir con esa tarea, es menester que posea una idea clara de su objeto y de sus métodos de trabajo. Si la historiografía actual nos parece, a menudo, desligada de la vida, ocupada como está en la caza de datos cuya honda dimensión humana afecta ignorar; si a veces tememos que haya vendido su rango humanista por el plato de lentejas de la "comprobación objetiva", es, sin duda, porque ha llegado a confundirse acerca de su verdadero objeto.

Dilthey y su escuela por un lado, Windelband y Rickert por el otro, señalaron con precisión la diferencia que media entre el objeto y método de la historia y el de las ciencias naturales. Pretender aún confundirlos —como lo hacen muchos historiadores en América, sin tener a veces plena conciencia de ello—, tiene por resultado alejar la historiografía de su función vital y humana. No podemos renunciar, por supuesto, al carácter científico de la historia; ni prescindir, por lo tanto, de la invariabilidad y trascendencia de sus objetos, ni del rigor de sus métodos. Mas toda ciencia debe adecuar sus métodos al carácter específico del objeto de que trata. Si el de la historiografía consiste en los sentidos humanos, que animan

los vestigios históricos sin confundirse con ellos, los métodos para su conocimiento deberán ser procedimientos destinados a mostrar, al través de esos vestigios, la actividad donadora de sentido, y no podrán semejarse en nada a los métodos de las ciencias positivas naturales.

Creemos que los historiadores americanos necesitan plantearse con mayor gravedad el problema del objeto y métodos de su ciencia. Con ello no pedimos que hagan filosofía. Quien tal pensara sólo demostraría tener una pobre idea del historiador, al reducirlo al papel de simple técnico o ingenuo narrador. Al historiador compete reflexionar sobre los fundamentos y fines humanos de su ciencia. Sólo él puede formular nuevas hipótesis de trabajo y aplicarlas en procedimientos concretos; mientras no haga esto, todas las teorías filosóficas acerca de la historia serán vacías especulaciones. Por eso, las grandes reformas de la historiografía nunca fueron resultado de los filósofos de la historia en cuanto tales, sino de los mismos historiadores. Sólo si el historiador cobra cabal conciencia de la especificidad de su objeto y redescubre en él la vida creadora del hombre en toda su riqueza, sólo si se percata de la dignidad de su función humana, podrá recuperar el papel director en la sociedad que antaño le correspondiera.

N O T A S

¹ Véanse sobre todo: *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Imprenta Universitaria, México, 1947; y *La invención de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

² Véanse particularmente: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, El Colegio de México, 1949; *América como conciencia*, Cuadernos Americanos, México, 1953; y *América en su historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

³ Véase especialmente: *La revolución de independencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953.

⁴ Editorial Hermes, México-Buenos Aires, 1955-57 (cuatro volúmenes publicados hasta ahora).